PRÓLOGO

AL LIBRO QUINCE

A MUY ILUSTRE Y CELEBRADA ORDEN de mi seráfico padre San Francisco no puede dejar de llamarse gloriosa, y aun gloriosísima, no sólo por razón de la gloria humana, de que los hombres en esta vida mortal se precian, sino también de aquella que se conserva en la perpetuidad de la bienaventuranza. Porque si gloria (como dice Cicerón)[1] es una frecuente fama con alabanza de alguna cosa acaecida, esta ilustrísima religión y familia la tiene alcanzada con grandes y aventajadísimas condiciones; y no de las comunes con que se vive en el mundo, sino de aquellas que dan nombre memorable y perpetuo en los casos más hazañosos que se acometen para ser contados en los memoriales de Dios, cuyo caudillo (como otro Moysén para su israelítico pueblo) siempre ha sido; porque si consideramos la ley divina por una parte y la malicia del demonio por otra, veremos como esta santa ley de Dios es una contienda y guerra, publicada a fuego y sangre contra la malicia y falsa doctrina que el demonio enseña y tiene introducida entre los ciegos y desventurados hombres que se han dejado llevar de su depravado intento por los senderos errados de su perdición. De manera que son bandos encontrados Dios y su ley, con el demonio y su malicia; para lo cual hay hombres que siguen ambas banderas; de los cuales los que militan debajo de la regla franciscana son señalados entre los que siguen el estandarte de la verdadera fe, y con ella en el corazón se ponen en el campo, haciendo rostro y guerra al enemigo; y no sólo se precian, ayudados de la divina gracia, de estar alistados en el número de los soldados de Jesucristo, sino que son los caballos ligeros de Dios, que corren este campo espacioso de la Iglesia. Esto es lo que dijo el profeta Abacuc,[2] hablando con Dios: Corréis, señor, sobre vuestros caballos, y vuestros carros serán la salvación, y como dice otra letra: vuestro andar a caballo será salud. Aunque es verdad que Nicolao de Lira[3] y otros declaran esta letra de los caballos de los persas y medos contra los babilonios, la glosa[4] ordinaria siente ser estos caballos las ánimas santas de los justos, en las cuales se manifiesta Dios como en carros fuertes y ligeros de cuatro caballos, en los cuales da vuelta al mundo y se va manifestando. Pero Hugo Cardenal la entiende de los apóstoles y predicadores, y dice que este carro

[1] Cicer. lib. de Reth.
[2] Hab. 1.
[3] Lira in hunc locum.
[4] Glos. ibid.

o cuadriga, tirado de cuatro caballos, es el santo evangelio, escrito por los cuatro evangelistas, en el cual sacrosanto evangelio está y consiste la salvación de todos. Titelman,[5] en la paráfrasis de este verso, dice que viene Dios caballero sobre estos caballos blancos y ligeros que son los apóstoles, que llevan a Dios en su doctrina, predicándola por todo el mundo. Y Jacobo de Valencia[6] dice lo mismo, extendiendo más la inteligencia de este lugar. De manera que los santos apóstoles fueron los caballos ligeros de Dios que se pusieron en la delantera de este ejército y campo de la iglesia, para escaramucear con el demonio y ganarle tierra en defensa de esta infalible y notoria verdad del evangelio de Cristo y ley divina de Dios. Pues que esto mismo se entienda de la sagrada religión de mi glorioso padre San Francisco, ¿quién lo duda, sabiendo que desde los principios de su fundación siempre corrió las tierras del mundo con ánimo varonil de hacer rostro al demonio y ganarle las armas, con que traía vencidos los hombres, ciegos de su engañado bando?

Esto se prueba porque luego que este milagroso hombre Francisco se hizo padre y capitán de esta seráfica congregación, comenzó por sí y por los suyos a correr, como caballos ligeros de Dios, las tierras del universo, predicando su evangelio y persuadiendo a los infieles la conversión a su verdadero criador. Esto comenzó a poner en propósito el año de 1212 que fue el cuarto de la institución de la orden, como se lee en las crónicas generales.[7] Aunque por esta vez no tuvo efecto su encendido deseo, por inconvenientes y estorbos que le puso Dios, según él mismo lo coligió de ellos. Pero luego el de 1219 que fue cuando se celebró el capítulo que llamaron de las esteras, al onceno de la fundación de su santa orden, en el cual tiempo se juntaron en él cinco mil frailes (que en este número estaba ya multiplicada la seráfica religión franciscana), distribuyó sus frailes en provincias señaladas y ministros provinciales que las gobernasen y rigiesen, y envió seis frailes a Marruecos a predicar a los moros la fe de Jesucristo, envió a Túnez a fray Gil, con otros compañeros, a predicar contra la secta de Mahoma,[8] aunque no consiguieron sus santos y apostólicos intentos. Fue por su parte este santo patriarca a convertir al Soldán de Egipto, en cuyos reinos se entretuvo predicando el evangelio de Jesucristo nuestro señor, para lo cual llevó algunos de sus compañeros. De manera que luego en sus principios comenzó Francisco a mostrarse caballo ligero de Dios, corriendo las tierras del enemigo, el demonio, y sacando en su compañía y por otras diversas partes otros que con el mismo intento y deseo mostraron el celo con que defendían el evangelio que predicaban, de los cuales volaron para Dios los cinco mártires de Marruecos, que fueron las primicias que esta seráfica religión ofreció al cielo, que como caballos ligeros que eran de ese mismo Dios, no tardaron en hacer la jornada, descansando del trabajo con que habían corrido en esta vida mortal, en aquella soberana y eterna. Otros

[5] Francisco Titel, in Paraphr. H.L.
[6] Valec. in hunc lec.
[7] Cron. 1 part. cap. 22. lib. 1.
[8] Cron. 1 part. cap. 25. lib. 1.

fueron martirizados en Ceuta, año de 1227,[9] uno después de la muerte de este gran padre de pobres, Francisco, que aunque murió en la vida mortal (a la cual todos los mortales pagan tributo y pecho) no murió en la continuación de la imitación, a cuyo ejemplo sus apostólicos hijos hacían estas y otras muchas jornadas en orden de convertir almas a Dios y desterrar al demonio de ellas. Y aunque es verdad que la de el santísimo padre Santo Domingo fue fundada en el mismo tiempo, siendo la de mi padre San Francisco primera en fundación, aunque la del glorioso patriarca Santo Domingo se confirmó primero con letras apostólicas testimoniales, la de Francisco, así como tuvo principio primero en tiempo, lo tuvo también en los hijos mártires que le dio a Dios; como parece manifiesto por lo que el padre fray Luis Rebolledo cuenta en las *Crónicas*,[10] reformadas de la orden, por estas palabras formales: Y aun los padres de Santo Domingo en su historia cuentan que en el primer capítulo general que se celebró en su orden en Bolonia, el año de 1220, en la Pascua de Pentecostés, donde llegó la nueva cierta del martirio de estos santos que había sido a diez y seis de enero del mismo año, la buena Pascua que tuvo el gloriosísimo Santo Domingo con esta nueva y lo que se alegró que su amigo San Francisco comenzase a enviar al cielo hijos, y con esta ocasión de tan felices muertes, animó mucho a sus frailes para ponerlos en codicia de hacer lo mismo; y sobre esto les habló largamente, porque con una santa envidia deseaba que su orden comenzase a llevar aquel fruto tan provechoso y honroso del martirio, que la de su más que hermano San Francisco llevaba. De manera (según estas palabras dichas) que la orden de San Francisco, mi padre, fue la que de estas dos dio al cielo este santo fruto, no sólo en estas ocasiones dichas, sino en otras muchas que después fueron sucediendo, extendiéndose por la tierra y siendo (como decimos) los caballos ligeros de Dios que la fueron corriendo toda, escaramuzando con el demonio, padre de la maldad y cruel corsario del bien de las almas de todos.

Pues si dejando lo hecho y acontecido por todo aquel mundo viejo, donde tanto esta celebérrima orden se ha mostrado y dilatado, volvemos los ojos a éste, que respecto de aquél llamamos nuevo, ¿a quién se debe este primado, sino a la orden de mi glorioso padre San Francisco? Ella fue la primera que con pasos cristianos paseó su suelo y la que envió sus caballos ligeros a que la explorasen y comenzasen a escaramuzar con el demonio, para quitarle de las manos empresa que tanto a Dios hombre había costado. Fue este caso muy parecido al otro que cuenta la Sagrada Escritura,[11] que sucedió a Jonatás y a su paje o criado de lanza, que subiendo áspera y escabrosamente al real de los enemigos del pueblo de Dios, ellos dos comenzaron la batalla y fueron hiriendo en los incircuncisos hasta que la gente del cuerpo del ejército vino a ayudarles y a alcanzar con ellos juntamente la vistoria. Comenzaron, pues, los frailes de San Francisco en este nuevo orbe la pelea con el demonio, metidos entre sus enemigos los indios infieles,

[9] Cron. 1 part. cap. 58. lib. 3.
[10] Cron. 1 part. cap. 58. lib. 3. Lib. 1. cap. 51.
[11] 1. Reg. 14.

y después que comenzaron esta reñida batalla vinieron los de las otras órdenes que les ayudaron, y todos juntos hicieron la guerra y salieron con victoria, bautizando, predicando, destruyendo ídolos y aniquilando la idolatría, y desterrando al demonio inventor de ella. A esto vinieron los doce apostólicos varones primeros, enviados del invictísimo emperador Carlos Quinto, de soberana memoria, con autoridad del vicario de Cristo Adriano Sexto, donde comenzaron a mostrarse valerosos en la conversión de estos indios infieles, ganando gloria no sólo humana en la opinión que entre los mismos indios y castellanos tenían, sino entre los ciudadanos celestiales, siendo ministros fieles del evangelio de Cristo.

Y si los hombres mortales, por sólo que hacen cosas hazañosas y de valentía en el mundo, desean gloria en sus mortales hechos, ¿de cuánta mayor son dignos los que no se ocuparon en vencer las fuerzas de los cuerpos, sino de las almas infieles quitándoles la doctrina con que servían al demonio y estampando en ellas la de la verdadera salud que guía a la bienaventuranza? De Cipión Africano cuenta Valerio Máximo[12] que hizo poner estatua al poeta Ennio, entre los de su linaje, porque en los versos que le hizo cifró con grande elegancia sus grandes victorias y hazañas. Pues, ¿por qué no quedarán en eterna memoria las de estos apostólicos varones, que no sólo vencieron en sus reencuentros a los hombres que se les opusieron, sino también al demonio a quien como a Dios adoraban, no teniendo en nada el interés de las cosas de la vida por ganar la honra y gloria del premio de la bienaventuranza? Ésta es la que levanta corazones humildes de hombres comunes y llanos a la alteza de su cumbre, teniendo en más la honra que el interés de las riquezas:[13] como se vido en un soldado de Cipión, que por haberse mostrado muy valeroso en la guerra de Numancia y dándole la república ciertas armas de oro, de grande valor y precio por paga, y ofreciéndole el emperador otras de plata de menos valor, en demonstración de su esfuerzo y valentía, tomó antes las de plata que las de oro, estimando más la honra que el rey le hacía que el interés que la república le daba. Ésta quisieron estos evangélicos varones batallando por sólo la honra de Dios, no estimando por precio de sus vidas lo mucho que pudieran tener en ella, si sólo atendieran a la codicia de los bienes temporales. Esta sola gloria buscaron, no estimándola en la boca de los hombres, sino depositándola en el regazo de Dios, que es el que la premia con colmadísimas ventajas, teniéndola en la primicia de sus conciencias y presentándola al juicio del verdadero juez que conoce el fiel peso de todas las cosas.

De éstos, pues, fue el primer prelado el benditísimo varón fray Martín de Valencia, y no faltarán historiadores de grande autoridad, como refiere fray Diego Valadés[14] en su *Retórica cristiana,* que notaron, que el mismo año que Martín Lutero, heresiarca, comenzó en la germania a derramar su herética ponzoña, se levantó en España este apostólico varón fray Martín,

[12] Valer. lib. 8. cap. 15.
[13] Valer. lib. 8. cap. 15.
[14] Valadés in Rhet Christ ad concionandi, et orandi ussum accomodata.

para traer a los indios la doctrina sana y santa del evangelio sagrado de Cristo nuestro redemptor; porque la capa de Cristo, que un Martín hereje rompía, otro Martín católico y santo cosiese, y la vestidura que aquel mal hombre desnudaba a los cristianos, que pervertía y engañaba, este verdadero imitador de la verdad evangélica la vistiese a estas nuevas plantas cristianas que de voluntad la recibían. Y este pensamiento no va muy fuera de camino, porque Martín Lutero comenzó su secta cerca del año de 1517, en el cual año ya también comenzaba la fama del descubrimiento de la tierra firme de estas Indias; y en este tiempo divulgándose por toda España lo que en las dichas Indias pasaba, se determinó de venir a esta peregrinación como por la obediencia le fuese mandado; lo cual (aunque lo deseó) no le fue concedido hasta el año de 24[15] (como en su historia decimos y veremos en los primeros capítulos de este primer libro), y no haciendo agravio a la misma historia podemos decir que si Martín Lutero pervirtió con su falsa y abominable doctrina tantas y tan grandes provincias de gentes, fray Martín de Valencia convirtió a Jesucristo otras tantas y muchas más por sí y por sus compañeros, con su santa y evangélica doctrina; y si el otro con soberbia como otro Lucifer derribó a los que lo siguieron, este humilde fraile, con humildad cristiana y profesión de pobreza, guió a estos indios para Cristo, que es el verdadero pastor en cuyo conocimiento han muerto infinitos de ellos; porque donde una puerta se cierra otra se abre; y si el demonio engaña a unos (porque Dios así lo permite) ese mismo Dios abre los ojos de otros y les hace conocer los errores y cegueras en que han estado, para que dejadas y aborrecidas se vuelvan a Él, como a su verdadero señor que los crió e hizo. Y aunque es verdad, que decimos en otra parte, que no sin misterio fue elegido Fernando Cortés para el descubrimiento de esta tierra y conquista de sus moradores,[16] hizo, digo en esta que con mucho más claro misterio lo fue el varón santo fray Martín de Valencia con sus compañeros, para este ministerio de la conversión; porque quiso Dios hacerlos caballos ligeros de esta su nueva Iglesia, enviándolos primero a que corriesen las tierras de estos infieles, para que como ligeros por pobreza y blancos por perfección de vida entrasen ligeramente a despojar los ejércitos infernales que tan pujantes estaban entre estos indios, donde no había otro conocimiento en lo espiritual más que el de los falsos demonios.

Éstos, pues, son los que en estas extendidísimas tierras han sido los primeros y en todas las conversiones que se han hecho han ido delante, como por esta larga historia se verá en todos los libros de ella, llevando Dios sobre los hombros de estos apostólicos ministros su evangelio, para que se siga luego la salvación que el profeta Abacuc dice (como dejamos citado), porque del conocimiento de la ley divina de Dios se sigue la redempción de las gentes, como juntamente con conocerla la reciban y guarden, como deben, y ese mismo Dios pide. De la venida de estos primeros religiosos se trata en este primer libro de este tercer tomo, de sus ejemplos y trabajos que en esta obra de la conversión padecieron; y en él también se dice la

[15] Infra lib. 20. cap. 1 et seqq.
[16] Infra. lib. 18. cap. 1.

venida de los religiosos de las órdenes de los santísimos padres Santo Domingo y San Agustín, que juntamente con los franciscos, con admirable ejemplo y suma diligencia, cultivaron esta viña del Señor. Y porque a cada una de las órdenes incumbe el cuidado de dar entera y larga relación de lo que a su parte tocare, yo no haré sino darla sumaria y compendiosa de cómo comenzaron y de el estado en que ahora están sus religiones, como se dirá en el libro diez y nueve, donde se trata de las provincias de esta Nueva España, haciendo memorias de singulares personas que la merecieron tener, y de quien yo más noticia he podido haber. Lo mismo haré cerca de los padres clérigos, diciendo las vidas de algunos que a imitación de los pobres religiosos, pobre y apostólicamente trabajaron en la conversión y ministerio de los indios en esta provincia de Mexico. Juntamente con esto prosiguen los medios que estos apostólicos varones pusieron para esta conversión, y se dicen cosas particulares que en ella hubo; y cómo la tierra dio a Dios las primicias de su evangélico fruto en unos niños tlaxcaltecas que fueron muertos por los indios infieles, en odio de la fe que les predicaban.

Todas estas cosas hasta ahora no han salido a luz, ni se han tratado, no porque no las había muy en abundancia, sino porque los que las hicieron y obraron (como decimos en otra parte) más atendieron a obrarlas y servir a Dios en ellas, que a escribirlas, ni jactarse de haberlas obrado y hecho; pero ya que Dios quiso que fuesen hechas y obradas en su santísimo servicio, también quiere que ora salgan, después de haber sido hechas en tan copioso número, usando en este caso de su divina providencia, que siempre va descubriendo por tiempos las obras de su majestad y grandeza, para que en todos los que hubiere hasta que el mundo se acabe, haya cosas nuevas en qué alabar a su divina misericordia, haciendole cada día nuevos cánticos de alabanzas, diciendo David:[17] Cantad a Dios cantares nuevos que se deben hacer de nuevas hazañas y maravillas que cada día obra. Y todo esto (cristiano lector) he copilado y juntado de varios escritos y memoriales, y muchas diligencias que he hecho en inquirir historias y papeles que cada cual de por sí eran confusos y juntos en este volumen y tomo hacen una muy clara y gustosa historia. Bien pudiera preciarme de nuevo hombre en esta nueva historia, pues son cosas nuevas las que en ella escribo; pero como tengo a Dios por blanco de mis trabajos, de su favor y mano reconozco todo lo bueno que se hallare en ella; y así digo que lo bueno es de Dios y lo no tal es mío, pues soy el que escribo lo uno y lo otro. Y como dice Plinio el Segundo:[18] No hay libro tan malo que no aproveche alguna parte de su lectura; y por esto se seguirá bien luego otro dicho suyo, que dice, que por cuanto no nos permite el cielo que vivamos para siempre, es bien que dejemos alguna cosa en la cual corra nuestro nombre por muchos siglos. Y esto hace a muchos que escriban, y a mí me ha puesto ánimo a que haga lo mismo, e ya que no en todo, al gusto de todos, a lo menos en la parte que de suyo fuere buena, me ofrezco con toda benevolencia, no

[17] Psal. 32, 43 et 143.
[18] Plin. lib. 2. Epist.

obstante que tanto trabajo me ha costado lo uno como lo otro, y que el mismo estudio he tenido para todo. Y si el lenguaje no es de parnarsos, ni helicones, ni del que va haciendo estruendo y ruido por las orejas de los que no quieren sino lenguaje que sirve de saca y costal, donde se echa paja, me excuso con decir que no tengo otro y que aunque sé latín, no me satisfacen vocablos latinos, escribiendo en vulgar castellano; y los sabios (como dijo Horacio)[19] no buscan en los libros latinos la elegancia del estilo, sino la verdad y fe de lo que en sí contienen; y lo mismo dice Capitolino. Esto ofrezco con grande puntualidad, porque lo he averiguado con rigor de historiador y no lo vendo con sola la obligación de poeta;[20] y con esto doy a mi prólogo y principio al libro primero de este tercer tomo, que es el quinceno en número.

[19] Horat. de Art. Poet.
[20] Eclog. 4.